

## **Cena del Señor (01-04-21)**

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

Transcripción

Hermanos y hermanas, en esta Cena del Señor que, todos sabemos, es la cena en la cual instituyó Jesús la Eucaristía, la Misa que celebramos hoy día, a la vez, tiene una sorpresa, propia esta lectura del evangelio de Juan. Y la sorpresa es que, en el momento en que Jesús debería haber consagrado, como dice el texto de la Carta a los Corintios, pronunciando la acción de gracias lo partió y dijo: “Esto es mi Cuerpo... y este Cáliz de la nueva alianza sellada en mi sangre”, Jesús se levanta de la mesa, se ciñe con una toalla, echa agua en una jofaina y se pone a lavarle los pies a sus discípulos.

Este gesto inaugura entonces esas 3 cosas que celebramos hoy día: el sacerdocio de Jesús que funda nuestro sacerdocio ministerial, del cual depende todo el camino de la Iglesia futura, para promover con los apóstoles y con los que, luego, son sus sucesores, la orientación de la vida de la Iglesia.

Simultáneamente, estos pastores están llamados a compartir el pan del cielo, a compartir la sangre y el cuerpo del Señor, para alimentar la fe del pueblo en su vida concreta, en sus caminos distintos. Para alentar con la fuerza del alimento de Dios, el camino de la fe.

Pero también, este es el día en que se inaugura el servicio que, especialmente, es el servicio profético de la evangelización de aquel que va caminando por el mundo anunciando el Evangelio, y que necesita, no solamente pastorear, no solamente santificar, sino que también necesita anunciar la Palabra sirviendo humildemente la vida de los pueblos.

Y requiere que se instituya, y el mismo Señor nos lave a nosotros para que comprendamos que este misterio de la autohumillación de Jesús es el fundamento de nuestra existencia cristiana, en donde, al recibir un ministerio, y al recibir toda la Iglesia los ministerios, los tres carismas que todo cristiano recibe: sacerdote, profeta y rey; estos tres son carismas, los vivamos como dones de Dios para servir y caminar con la gente y ayudarla. No son realidades que hay que monopolizar, sino que hay que compartir y hay que salir.

Y quizás este aspecto muestra que la Comunidad de Juan se dio cuenta de que, al establecimiento en la comunidad que comparte el pan y el vino, le faltaba la misión, porque Jesús luego de la Última Cena va a salir, pero no va a salir sin instituir la salida mediante el servicio profético a todos los pueblos de la tierra. Y por eso, la salida de Jesús, luego, para el huerto de Getsemaní y para la Cruz que también saldrá hacia el Padre en la Gloria, será la salida del servidor que siempre nos acompaña con su Palabra y peregrina con nosotros en la historia.

Lo importante, entonces, es que ser cristiano es dejarnos amar por el Señor, dejarnos lavar por el Señor, para tener toda la capacidad de lavarnos los unos a los otros, y lavarnos los pies para que podamos todos salir a ser anunciadores del Evangelio. Y por eso, se dice en una antigua expresión, que los evangelios se escribieron no con las manos, sino “con los pies”, porque fueron justamente los cristianos caminando por el mundo que se dispersaron para llevar la Buena Noticia de que Dios es amor y solo amor.

Y que Jesús es la realidad patente de aquel que subido a la Cruz, sigue caminando hacia la gloria, porque en la propia Cruz, hay esperanza, porque está basada en haber asumido la Cruz como fuente inagotable de amor y de gloria. Y por lo tanto, la verdadera gloria no es la vanagloria sino la gloria del que es glorificado, porque ama y se deja llevar por el amor de Dios.

Por eso, en el diálogo con Pedro, es muy importante que el Señor le lave los pies a él, para que no crea Pedro que dirigir la Iglesia es poseerla, si no es estar poseído por Dios. Dios tiene el comando, su Espíritu es el que nos guía, su servicio es el que nos va conduciendo a servir como él lo hizo. Y por eso, nuestro ministerio siempre se renueva, porque como Dios siempre hace nuevas las cosas, en su compañía, nos permite siempre encontrar nuevas respuestas a los distintos problemas.

Por eso, San Juan, viendo este detalle de la intimidad que tenía con Jesús, y viendo que siempre Jesús había caminado, nota en su tiempo, 60 años después de la muerte de Jesús, nota que la Iglesia necesita afianzarse como una Iglesia misionera en medio de un mundo muy complicado.

Y hoy día, miren ustedes lo difícil que es, porque si ser cristiano es ser misionero que pastorea a la gente y que la santifica, y ser un

peregrino que anuncia el Evangelio, estamos llamados ahora a aceptar el desafío incluso de la muerte por salir a anunciar el Evangelio en estas situaciones difíciles que, evidentemente, no implican una actitud provocadora, pero sí auténtica de servicio. Y por eso, se nos han adelantado todos nuestros hermanos que ayudan y sirven a la gente humildemente y muchas veces se enferman a consecuencia, porque ellos son los “nuevos Cristos” que están surgiendo en el mundo, enseñándonos la misión a los que creemos en Cristo. Tenemos por delante a aquellos, inclusive, que no siendo tan claros en la fe ni formados católicamente ni cristianamente, los que no conociendo a Dios son de Dios, son de Cristo, porque viven y mueren como Jesús arriesgando la vida.

Hermanos y hermanas, este acto infinito de amor por sus discípulos, sabiendo Jesús que le había llegado la hora, en esta Semana Santa con todos los problemas que tenemos, debe llevarnos, justamente, a hacer ese signo diario que nos recuerde, a través del gesto de Jesús, la misión de desarrollar nuestra capacidad de amar y de servir, de ayudarnos a caminar, de prepararnos todos y organizarnos, desde nuestras familias como estamos ahora, reunidos a través de las redes, a través de la televisión, para poder marcar nuestras vidas con los gestos de Jesús.

El viernes lo hicimos con el Vía Crucis, el domingo lo hicimos entronizando la Cruz en nuestras puertas, los días lunes, martes y miércoles, escuchando y conversando sobre las reflexiones de Monseñor Guillermo, y hoy día, ejerciendo la misma actitud y recomendación que Jesús nos hace: lavarnos los pies mutuamente como servidores, para ayudarnos a caminar y encontrar nuevos caminos de vida para todos.

Por eso, les pido que nos dispongamos con esos pequeños lavatorios de casa y con los niños, los papás, los hermanos, los jóvenes, los mayores, los abuelitos, nos dispongamos a lavarnos mutuamente los pies. Y nosotros todos aquí presentes, los vamos a acompañar a ustedes poniéndonos en la posición de quien lava los pies, de rodillas, para humildemente acompañarlos.